

debilitó, y valor, y la victoria á Héctor facilitó y á sus guerreros. Y en el favor de Jove confiados y su propio vigor, la gran muralla pugnaban por romper del enemigo.

Ya las fuertes almenas derribando, las sólidas paredes demolian, y de su asiento los macizos postes que en la tierra primero los Aquivos pusieran, porque fuesen el cimientito de las excelsas torres, con palancas arrancaban, y pronto de los Dánaos se prometían derribar el muro. Mas ellos no el camino en torpe fuga abandonaban; y las altas torres fortalecían con dobladas pieles de buey; y las almenas coronando, desde ellas con sus tiros alejaban á los que más ardidos se atrevían la muralla á escalar. Los dos Ayaces, á quienes la defensa de las torres estaba confiada, á todos lados acudían veloces, y á los Griegos con su voz animaban el combate á sostener. Y en cariñosas voces á unos hablando, y con palabras duras reprendiendo al que tímido veían de la batalla huir, estas razones dijeron á la gente que mandaban:

«¡Amigos! ya el que sea valeroso, ya el que tanto no fuere, ya el que tenga poco valor, que todos en pujanza no son iguales en la guerra nunca, todos útiles somos y debemos trabajar todos, y vosotros mismos así lo conoceis. Guarte que alguno la espalda vuelva, y á las naves huya de Héctor al escuchar las amenazas. Adelante marchad, y el uno al otro animaos; por ver si el fulgurante Jove Olímpico da que rechazada la falange enemiga, desde el muro hasta su capital la persigamos.»

Así en primera fila los Ayaces, horribles voces dando, á los Aquivos al combate animaban. Cuan espesos suelen caer los copos de la nieve en un día de invierno, cuando Jove se alza para aterrar á los mortales mostrándoles sus armas poderosas;

y adormidos los vientos firme nieve hasta cubrir las cimas y los riscos de las montañas, los herbosos prados y tierras labrantías; y la nieve cae también sobre las corvas playas y los puertos de mar, pero las olas con su alternado flujo no permiten que allí se cuaje, y lo demás blanquea con la grande nevada mientras dura la cólera del hijo de Saturno: tantos y tan espesos los peñascos volaban, que los hijos de la Grecia lanzaban á los Teucros y volvían éstos á los Aquivos, y se alzaba hórrido estruendo en la muralla toda.

Mas aún así no hubieran los Troyanos y Héctor el anchuroso y fuerte muro entónces roto, ni la firme puerta ni el pesado cerrojo, si á su hijo Sarpedon á marchar contra los Griegos, cual hambriento león que á la vacada acomete furioso, el alto Jove animado no hubiera. El Rey de Licia alzó, pues, el escudo, que, cubierto con plancha de metal, de muchas pieles de buey en lo interior era formado, y la plancha exterior hábil armero con barras de oro sujetó macizo á la circunferencia prolongadas. Y con él defendido y en la mano dos ástiles blandiendo, hácia una torre intrépido marchó. Como el agreste león que en muchas horas no ha gustado de la sabrosa carne, si á buscarla el esforzado corazón le incita á la fuerte alquería acometiendo por ver si logra el tímido rebaño de ovejas destrozarse, aunque las halle por armados pastores defendidas y colmilludos canes, no ya quiere el establo dejar sin que primero pruebe el asalto y abundante presa haciendo escape, ó el primero caiga por un venablo herido que le arroje de algún pastor la ejercitada mano; así entónces su propia valentía animó á Sarpedon, á las Deidades en el valor igual, á que el primero al muro acometiese y derribara los baluartes. Y á su primo Glauco

volviéndose, le dijo cariñoso:

«¡Glauco! ¿por qué nosotros en la Licia somos los más honrados y en las mesas ocupamos asiento preferente, y más grandes porciones se nos sirven de los manjares y de dulce vino más copas se nos dan, y como á Dioses todos nos miran y mayor terreno cultivamos del Janto en la ribera, ameno y en viñedos repartido y en tierras de labor? Para que ahora al frente de los Licios nos mostremos, y en la ardiente pelea combatamos. Y al verlo dirá alguno de los Licios: *No sin mérito suyo nuestros Reyes imperan en la Licia, y se alimentan de sabrosos manjares, y el añejo y dulce vino beben; que en pujanza sobresalen también, y valerosos combaten á la frente de los Licios.* ¡Amigo! si evitando esta batalla, la vejez evitásemos rugosa y la muerte, yo mismo en las primeras filas no peleara, ni á las lides te llamara gloriosas. Mas si al hombre rodean mil peligros, y la vida al fin ha de perder sin que la muerte evitar pueda, vamos, y la gloria demos á algún Aquivo de matarnos, ó él nos la dé á nosotros.» Al oírle, Glauco no se mostró ni perezoso ni cobarde; y los dos al enemigo marcharon, y la escuadra numerosa les siguió de los Licios. Menesteo, cuando los vió venir hácia la torre resueltos á asaltarla y destruirla, cayó en grande temor, y á todas partes tendió la vista por el vasto muro para ver si algún jefe divisaba que á su gente librase del peligro. Y vió á los dos Ayaces, que sedientos de guerra siempre, el muro defendían; y á Teucro vió también, que de su tienda salía, y á la torre se acercaba; pero no era posible que le oyesen, aunque alzara la voz. Tan espantoso era el ruido que á los muchos golpes de los escudos y doblados yelmos en las puertas se alzara; porque en todas se combatía, y todas los Troyanos

intentaban romper á viva fuerza y por ellas entrar. Y así al heraldo Toótes envió para que al hijo de Telamon llamase, y le decía:

«Marcha, Toótes, en veloz carrera, y á los Ayaces dí que presurosos á defendernos vengan. Lo más útil esto sería ahora; que á esta parte grande matanza habrá. Los adalides de los Licios, que siempre en las batallas suelen acometer impetuosos, con todo su poder aquí se acercan. Pero si allí también sangrienta liza y terrible combate se ha encendido, al ménos venga solo el esforzado Ajax de Telamon, y le acompañe su hermano Teucro, el flechador famoso.»

Obedeció el heraldo, y diligente adonde estaban fué los dos Ayaces; y llegado, les dijo estas palabras:

«¡Caudillos de los Griegos belicosos, fuertes Ayaces! de Petao el hijo os ruega que vayais, y en la pelea por algunos momentos, aunque breves, ambos parte tomeis. Esto sería más útil, porque pronto en aquel lado grande matanza habrá. Los adalides de los Licios, que siempre en las batallas suelen acometer impetuosos, con todo su poder allí se acercan. Pero si aquí también sangrienta liza y terrible combate se ha encendido; al ménos vaya solo el esforzado Ajax de Telamon, y le acompañe su hermano Teucro, el flechador famoso.»

Así dijo el heraldo, y su plegaria no despreció de Telamon el hijo. Y al de Oileo volviéndose agitado, así dijo en palabras voladoras:

«¡Ajax! aquí los dos, tú y el valiente Licomedes quedando á los Aquivos animad á que firmes el combate sostengan: yo allá voy, y en la batalla parte allí tomaré; pero muy pronto volveré, así que hubiere á Menesteo y á los suyos librado del peligro.»

Dijo y se puso en marcha, y le seguía su hermano Teucro, que del mismo padre era nacido, pero de otro lecho; y también Pandión, que el retorcido

arco de Teucro y voladoras flechas en la mano llevaba. Y á la torre llegados del valiente Menesteo, en lo interior del muro penetraron, á tiempo que acosados se veían sus defensores ya; porque los Reyes de los Licios con todos sus guerreros escalaban la torre, semejantes á negro torbellino. La batalla trabaron luégo, alzóse clamorosa bélica gritería, y el primero Ajax de Telamon al valeroso Epicles, el amigo y camarada de Sarpedon, mató. Dentro del muro cerca del baluarte, en lo más alto, una gran piedra había que de tierra ningun mortal de los que ahora viven, por más que fuese jóven y forzado, con ambas manos levantar podría sino con gran trabajo, y fácilmente Ajax la alzó del suelo. Y contra Epicles, con cuanta fuerza pudo, desde la alta muralla la arrojó, y el reformido capacet abolló, y de la cabeza todos los huesos le deshizo á un tiempo. Como ligero buzo que se arroja en el seno del mar, cayó el herido desde la almena, y afligida el alma su cuerpo abandonó. Despues á Glauco, cuando más animoso acometía, Teucro con una flecha desde el muro hirió tambien el brazo por la parte que vió desguarnecida de la adarga, y le obligó á cesar en la pelea. Saltó Glauco del muro, procurando que no le viese nadie, porque alguno de los héroes aquivos no advirtiera que estaba herido y en amargas voces le insultase tal vez. Dolor profundo sintió en el alma Sarpedon á Glauco cuando vió retirarse del combate, pero no se olvidó de la pelea; que con su pica, habiéndole alcanzado, á Alemenon atravesó, prole de Téstor. Y al sacarla del cuerpo del Aquivo con ella se le trajo y en la arena el mísero cayó; y al dar el golpe, en horrisono ruido resonaron las fuertes armas de metal sonoro.

Y luégo, con la mano poderosa

un baluarte Sarpedon asiendo hácia sí le arrastraba; y fácilmente la almena desquiciando, aquella parte desguarneció del muro, y ancha brecha para muchos abrió. Cuando lo vieron Ajax y Teucro, en duplicado golpe le acertaron los dos. Con una flecha el grueso correon del ancho escudo Teucro le atravesó cerca del pecho; pero de él alejó la negra Parca Jove, no consintiendo que en las naves su hijo muriera: y Ajax con la pica el escudo le hirió. Salió la punta del otro lado, y al feroz guerrero contuvo en su furor. Dió algunos pasos atrás el Licio; pero no del muro gran trecho se alejó, porque esperaba mucha gloria alcanzar. Y á sus falanges vuelto, las animó con estas voces:

«¡ Licios! ¿ por qué alojais en la pelea? »
 « Dificil es que yo, por más valiente »
 « que haya nacido, aún rota la muralla, »
 « abra á todos el paso hasta las naves. »
 « Todos acometed; porque de muchos »
 « reunida la fuerza es poderosa. »

Así dijo: y temiendo las escuadras el enojo del Rey, con mayor brío, guiadas por su Príncipe, volvieron á la lid; y los Griegos de su lado en lo interior del muro las falanges reforzaron tambien, porque veían cuán grande era el peligro en que se hallaban. Así, ni los espesos escuadrones de los Licios podían á las naves abrirse paso, la muralla rota, ni las falanges griegas á los Licios podían rechazar léjos del muro desde que se acercaron. Como suelen en la linde comun dos labradores, con la cuerda en la mano, de terreno algunos palmos disputarse; tales entónces los Aqueos y Troyanos por la sola muralla divididos, unos por penetrar hasta las tiendas y otros por estorbarlo, combatían. Y en el muro subidos, animosos, en repetidos golpes los pesados escudos circulares sobre el pecho, y ligeras adargas, con las picas mutuamente romperse procuraban.

Y no pocos quedaron mal heridos: unos porque desnudas, al volverse, mostraron las espaldas, y otros muchos traspasado el broquel de parte á parte. Y la sangre de Aquivos y Troyanos, en toda la extension de la muralla, por las torres corría y las almenas del uno y otro lado; y á los Griegos aún así no lograba el enemigo poner en fuga, é indecisa estaba la victoria. Cual tiene la hilandería la igual balanza en la siniestra mano, y fiel su lana pesa, á los hijuelos para despues llevar pobre comida; tan igual entre Griegos y Troyanos estaba la pelea, hasta que Jove la gloria quiso dar al animoso Héctor de que el primero la muralla pasase de los Dánaos. A los suyos animó, pues, el héroe y les decía:

« Acometed, Troyanos valerosos; »
 « la muralla romped de los Aquivos, »
 « y en fuego abrasador quemad sus naves. »

Así los aguijó; y apénas ellos sintieron resonar en sus oídos la voz del adalid, derecho al muro en numerosa hueste caminaban; y en una mano las agudas picas llevando alzadas, y con otra asiendo las almenas, subieron en el muro. Héctor, para romper la firme puerta, una gran piedra levantó del suelo, ancha en la base y puntiaguda; y tanto pesaba que los dos más vigorosos hombres del pueblo, cuales hoy existen sobre la tierra, con trabajo mucho la alzarían del suelo, en algun carro para ponerla; y Héctor sin fatiga la manejaba él solo, porque leve hizo su peso de Saturno el hijo.

Como lleva el pastor en una mano el vellon de una oveja fácilmente, sin que el peso le oprima; tan ligero Héctor la piedra en alto levantada llevaba, hácia la puerta caminando, para romper con ella los tablones que con su firme union aseguraban el porton de dos hojas anchuroso que en lo interior cerraban dos enormes encontrados cerrojos, y una sola llave á los dos servía. Ya llegado no léjos de la puerta, se detuvo, y afirmando los piés, para que débil no fuese el golpe, al medio de la puerta, en el suelo estribando, la gran mole arrojó. Y al impulso los quiciales se rompieron, y dentro la muralla cayó la piedra ponderosa, y mucho recrujieron las puertas al romperse, ni los firmes cerrojos resistieron; y desunidas ya todas las tablas, unas por una parte, otras por otra, volaron al empuje de la piedra. Héctor á lo interior del alto muro saltó gozoso, y á la negra noche su aspecto semejava, y relucía en hórrido esplendor el fino bronce de la armadura, y en la fuerte mano dos astiles blandía. Y á su encuentro aunque hubiera salido el más valiente, nadie, á no ser un Dios, le detuviera; que ambos sus ojos en furor ardían. Y vuelto al escuadron, á sus guerreros aguijó á penetrar dentro del muro; y á su voz obedientes le asaltaron unos, y por las puertas en torrentes otros se derramaban; y los Griegos á sus naves huían, y el tumulto se siguió en todas partes clamoroso.